

R. MENÉNDEZ PIDAL

UN HOMBRE QUE NO ES PREMIO NOBEL DESCANSA TRABAJANDO

COMO VERANEA, EN
LA SIERRA MADRILEÑA,
DON RAMON MENENDEZ PIDAL

Por Leandro DE LA VEGA

CURADO de muchos espantos, al margen de muchas "conveniencias" sociales que llevan nombres costeros, puestos inusitada e insólitamente de moda, don Ramón Menéndez Pidal veranea en San Rafael. Su finca está en "Las Fuentecillas", al pie del Alto de los Leones, por el lado en que este bravo Guadarrama, hecho serrijones verdecidos, ya es Segovia. El paraje es bello y consolador. El tren que viene de Madrid ha cruzado un paisaje que no siempre es delicioso ni serrano: Los huesos del planeta andan por ahí demasiado al descubierto; los pinos, de trecho en trecho solamente, son como rebaños de ovejas pastando en las laderas peladas, y los arroyos y riachuelos, una ma-

Los pinos es una noble vanidad de don Ramón. Fueron plantados por él hace más de medio siglo y de ellos está tan orgulloso como de cualquiera de sus libros. A su pie es donde más trabaja el ilustre anciano; su impenetrable ramaje le presta un mayor aislamiento a la plazoleta que bordean.



Así lo encontré. Cada mañana don Ramón se viste como si de ir al despacho de la Academia se tratara. Su atuendo es impecable, pese a que allí no son nada frecuentes las visitas. Y así trabaja. El resumen de este veraneo será un libro: «El P. Las Casas», que estará en los escaparates antes de dos meses.

nada de anémicos caminantes que fueran, maltratados por el pateo de ilusos bañistas, en busca de los filos graníticos para suicidarse.

San Rafael no. San Rafael —en donde no obstante he visto a los veraneantes aburrirse como ostras a cualquier hora del día— es un alivio de aquel paso, un paraíso vegetal. No hay laderas descarnadas, abunda el pino, y el paisaje se engalana de fresco verdor por los cuatro costados. Don Ramón lo descubrió hace ahora sesenta años, y aquí se vino sin dudarlo, cuando lo que vestía era irse detrás de los reyes a Biarritz, a Santander, a Alicante o a Badem-Badem. Escogió su parcela y se dio a cuidarse con el mimo que en ello es capaz de poner quien busca solaz en el retiro y, a la par, profesa en la más ardorosa vocación montañera.

Hoy es un envidiable vergel.

EN SU DESPACHO DE VERANO

"Las Fuentecillas" es el nombre del paraje; está cuesta arriba, porque desde allí tira ya el Alto de los Leones, y lo cruza una carretera de asfalto tan concurrida, por cierto, como la calle de Alcalá. Hay muchas fincas en este sector campero, pero tan bien

aisladas por el verde murallón vegetal que cada uno se ha procurado, que nadie diría no ser la suya el lugar más apartado del mundo. La de don Ramón también. La espaciosa casa de granito es una isla en un mar de pinos rumorosos de viento. Se entra, en ella desde la carretera por entre dos pilastras un poco derrotadas, que delimitan un sendero entre chopos y pinos. A unos cien metros está la casa, tras un macizo de chopos, altos y fornidos, convertidos en deliciosa pajarera de la mañana a la noche. Fuera de eso no hay un ruido que se oiga; sólo, junto a los pájaros, se oye de vez en cuando la algarabía de unos pequeños —los biznietos— que cruzan la finca como una banda de pajarillos juguetones.

Y aquí, ¿cómo es el veraneo de don Ramón? Prodigioso —y lástima que esta palabra esté, como "tremendo", "fabuloso", "tremendo" y "maravilla", tan al uso, porque empequeñece el sentido—.

Prodigioso, sí, porque para él "veraneo" carece en absoluto del sentido que le damos los demás. Julio, agosto y septiembre se llaman verdaderamente trabajo para este hombre que lleva sobre el nombre y apellido noventa y tres años bien cumplidos. Se despierta con el día, pero Jimena, la hija, que allí está con él como una sombra protectora, no le deja echarse abajo hasta las ocho. Tan pronto como esto ocurre, don Ramón se lanza al trabajo con el tesón de un joven que necesita aprobar en septiembre lo que no ganó en junio. He pasado en su finca unas cuantas horas y me complace en hacer la crónica de mi sorpresa a cada paso.

Cuando llegué, doña Jimena —ecos del romancero en el templo del Cid— me dijo dónde estaba don Ramón en aquel momento:

—Allí, mirelo; es su eterno lugar. Ahí está de sol a sol.

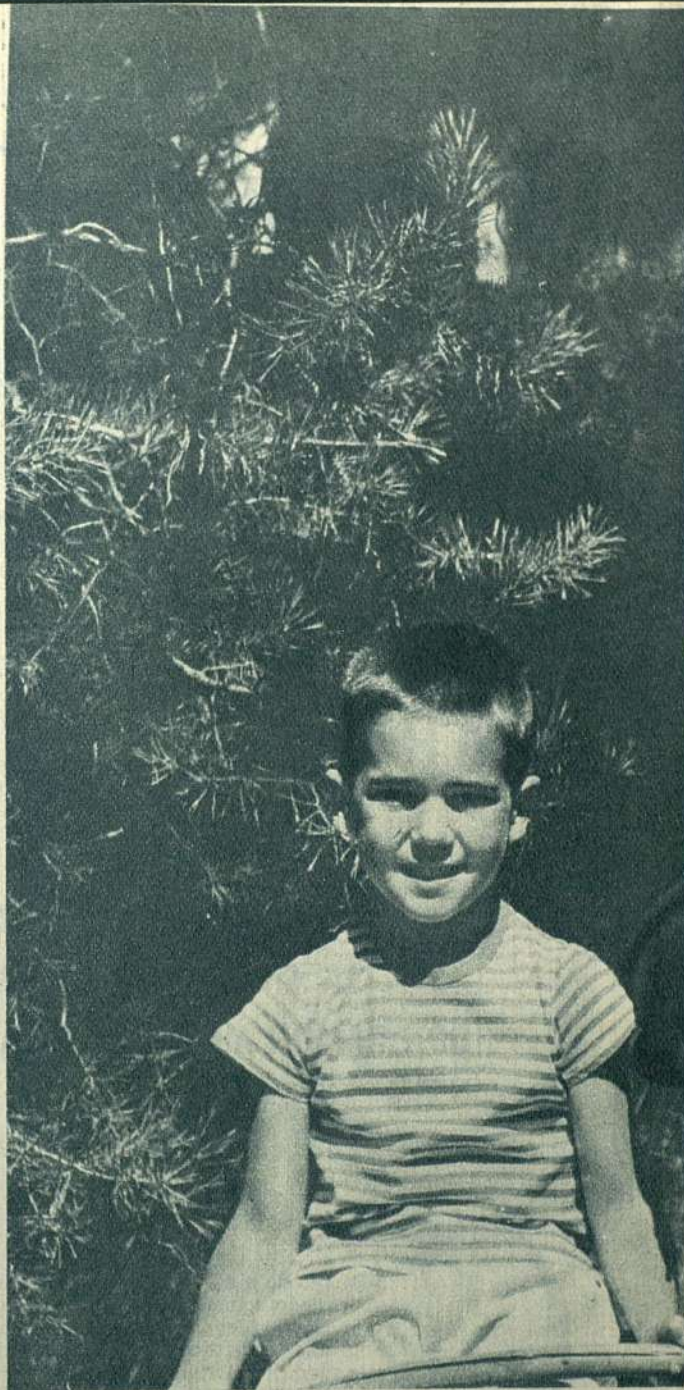
Jimena fue a anunciarme mi visita, y mientras llegaba contemplé un rato la escena. En medio de la finca hay una plazoleta a la que han privado de hierba sin duda para que los niños puedan jugar sin tropiezo... cuando el bisabuelo la deja libre. Gruesos pinos y altos chopos la bordean y dan sombra. En medio casi, y sobre un artilugio —cuya anécdota tendrá luego su espacio—, el ilustre anciano estaba sobre unos papeles con la atención de un relojero sobre la máquina o la intensidad de un entomólogo al microscopio. No tenía puestas las gafas y se aproximaba excesivamente el papel a los ojos (es decir, al único ojo que le es útil, ya que el otro lo perdió lamentablemente hace mucho tiempo por un desprendimiento de retina).

El improvisado despacho me hizo gracia. Se trata de una mesa de las llamadas de mimbre, como el velador de un bar antiguo, sobre la que, con unos listones, han izado un toldo que desciende por el lado que se quiera y que será siempre por el que sopla el aire. Sobre el tablero hay un suplemento de madera ingeniosamente calculado: es como una caja abierta por el frente; escribe sobre ella, en tanto, en el hueco, deposita el libro o las hojas escritas, también sin duda para protegerlas del viento.

DON RAMON AL HABLA

Viene don Ramón y charlamos un rato. Está acabando un libro sobre el P. Las Casas, a la vez que ha empezado a corregir pruebas, y ésta su mayor noticia. Yo no quiero nada en concreto sobre su actualidad, y sí, en cambio, interesarme por todo aquello por lo que nos rodeaba y su vida en retiro. Fue tema que le encantó.

—Venga, vea mis pinos y mis chopos. Son mi orgullo. Los planté yo mismo hace cincuenta y tantos años. Tiene usted que hacerles una foto, suponiendo que le "quepan" en la máquina, claro, porque apenas hay distancia para su altura. A ver.



Probamos y, efectivamente, no era posible abarcarlos en el lente de Fresner. Lo sentía y lo intentó de nuevo. Quedamos en sacrificar la copa.

—¿Sabe usted que yo también me ilustraba en tiempos mis trabajos? Tenía dos "kodak" de cajón, uno grande y otro pequeño, porque entonces no se ampliaban todavía los clichés.

—¿Cuándo era eso, don Ramón?

—Bueno, fue antes de empezar este siglo. Le hablo de mi primer trabajo sobre el Cid, el que me premió la Academia en 1893.

Para ir a los chopos y a los pinos —porque de nada vale la impresión si no se tocan, si no se acarician— me ha guiado don Ramón yendo delante. González Ruano, en el afán de identificación animalista que le caracteriza, ha escrito que don Ramón anda a saltitos, "con algo de saltamonte humano...", y yo no lo he visto así. Don Ramón tiene el paso largo, firme, seguro



A veces no todo es silencio en aquel paraje de «Las Fuentecillas». Con don Ramón pasan el verano estos pequeños, los bisnetos, nietos de Jimena e hijos de Diego. Por edad, sus nombres son: Irene, Elena, Javier y María. No hay predilecto, pero lo cierto es que para sus paseos don Ramón escoge siempre a Elena, quien, por otra parte, como él, prefiere el montañismo sobre cualquier otro esparcimiento.

y hasta diría que fuerte si don Ramón, con su breve presencia física, no fuera en sí la mínima expresión de la fuerza.

—¿Eh..., que le parecen?

Sus movimientos son ágiles. Gira la cabeza o la levanta, mueve las manos, con una inusitada juventud, antitesis de la barba. ¿Cómo esta negación tan descarada de su casi siglo entero a la espalda?

—No hay día que no me dé un paseo por ahí. Es un complemento a mi vida, y del que no puedo prescindir.

—¿Paseo por ahí...? Pero pasear aquí es trepar,

escalar, emular a las águilas. No hay un llano en diez kilómetros a la redonda.

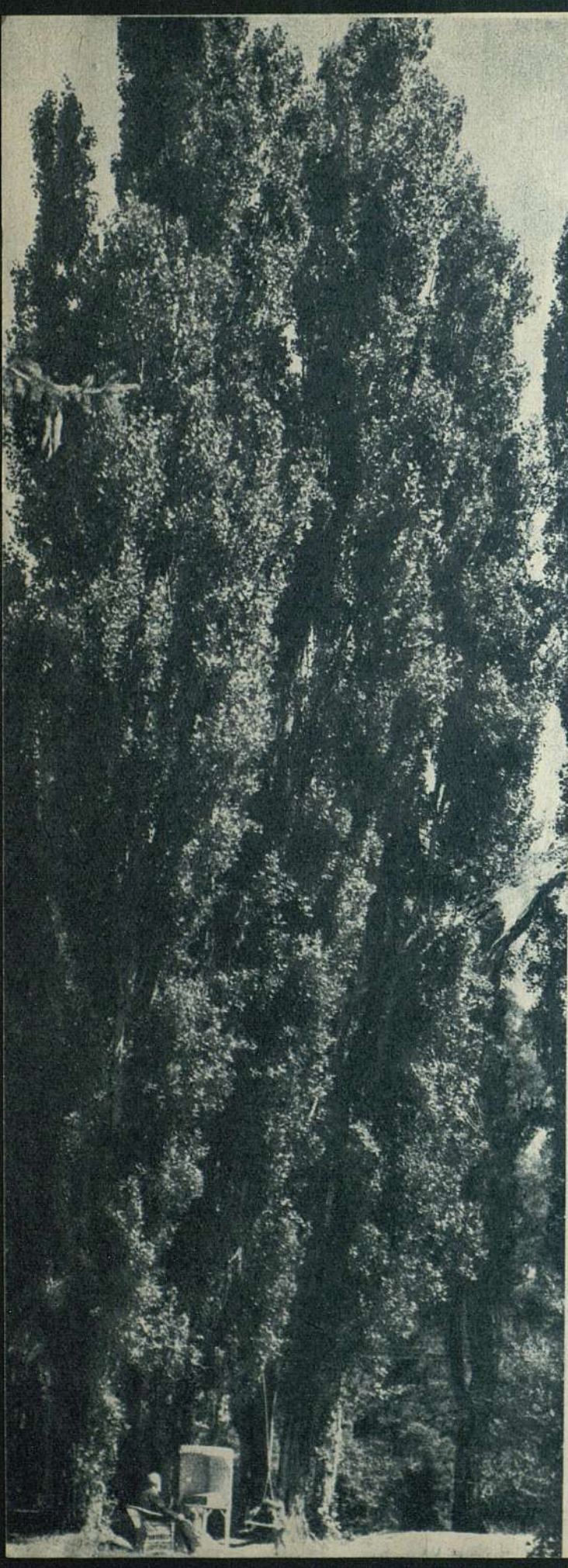
—Así es. Pero yo lo he hecho toda mi vida. ¿Sabe usted que fui un gran montañero?

Quiero hacer unas fotografías y él mismo reclama a los biznetos. Cuatro chiquillos encantadores de verdad, nietos de Jimena, hijos de Diego —y sigue el romancero—, cuyos nombres son Irene, Elena, María y Javier.

—¿No le molestan los niños, don Ramón?

—No, jamás. Están “domesticados”. En cuanto ven





que me siento a trabajar salen disparados como automáticamente y se pierden por ahí.

Hechas las fotos, don Ramón empieza a impacientarse; y cuando le digo que he terminado corre presuroso a su toldillo y se enfrasca de nuevo en el trabajo interrumpido.

LA COLABORACION DE JIMENA

Por Jimena sé algunas cosas más. Don Ramón pasa ahí el día, de sol a sol, como quien dice, y sin dedicar al descanso más que el tiempo que dura el paseo. Algunas veces pide que lo bajen a Madrid para recoger un dato. Pero es sólo el tiempo que necesita. Y si ese dato hay que buscarlo a dos mil kilómetros de distancia, no se apura:

—Mañana o pasado se va a Oxford; quiere irse en avión y volver en el siguiente.

—Pero...

—Nada; sólo el tiempo que necesita para esa consulta. Esta vez le acompañará Dámaso Alonso, con esto piensa como él: Ida y vuelta en el menos espacio de tiempo posible. ¡Qué barbaridad!

—Y cuando se la acaba el trabajo aquí, ¿qué hace?

—Eso es terrible. Empieza a decir que se aburre, que es insoportable el ocio, y hay que correr a Madrid para que se provea de otro.

Voy a despedirme de don Ramón y Jimena me acompaña. Me aproximo al artilugio, y como ve que me interesa, pregunta:

—¿Le gusta a usted el "piruli"?

El efecto que esto, en su voz grave y pausada me produjo, no lo puedo describir. ¿El "piruli"... que sí me gusta el "piruli"? Quedé perplejo.

—Es que, verá: aquí le llamamos a esto el "piruli". se lo pusieron éstos —los hijos— cuando eran pequeños. Explícaselo, Jimena.

—Le pusimos ese nombre porque en cuanto lo veíamos sentarse aquí decíamos "ya está papá en el piruli". Nosotros lo entendíamos bien: Nos recordaba los puestos de caramelos de la calle. ¿No le parece a usted igual?

La verdad es que sí, pero no me atrevo a decirlo pese a que don Ramón opina lo mismo.

—Sí, es que se parece a esos puestos callejeros. El "piruli", el "piruli"... y con eso se ha quedado para siempre. Aquí ya no lo entenderíamos si se le denominase de otro modo.

Y lo dicen tan serios... ¡Oh prodigios de la costumbre, por los que se hace posible que "piruli" tome en este ámbito la misma sonoridad que "Tizona" o "Colada", "Babieca" o "vasallo" y ande por entre el romancero como Pedro por su casa!...

Me despido definitivamente. Desde la última vuelta del sendero entre árboles, ya solo, me vuelvo a contemplar a don Ramón sentado al pie del ingenioso artilugio entoldado sobre el que apuntala su ya bien consolidada fama con un nuevo libro. La escena, tan solitaria en la amplia plazoleta y en el silencio, que sólo los pájaros alteran desde la altura, es impresionante. El anciano, sin gafas, se inclina, aproxima su cabeza a los papeles y hace correr la pluma sobre las cuartillas vertiginosamente. Fuera es el diez de agosto en el calendario, y hay una calina que hace evocar desesperadamente playas y holganza...

Por eso la escena última es impresionante. Yo, al menos, sé que ya no podré olvidarla nunca.

L. de la V.

Los chopos, que son penacho de la finca, constituyen el orgullo de don Ramón. Tienen casi sesenta años y fueron plantados por su mano. Hoy no sólo son ornato y sombra, sino también deliciosa pajarera de la mañana a la noche, sin que por ello se resienta el silencio del ambiente. (Fotos del autor.)



Al pie mismo de la sierra de Guadarrama trabaja en su finca de "Las Fuentecillas" el ilustre investigador. En los ratos libres pasea por la sierra. Fue un excelente montañero...
